

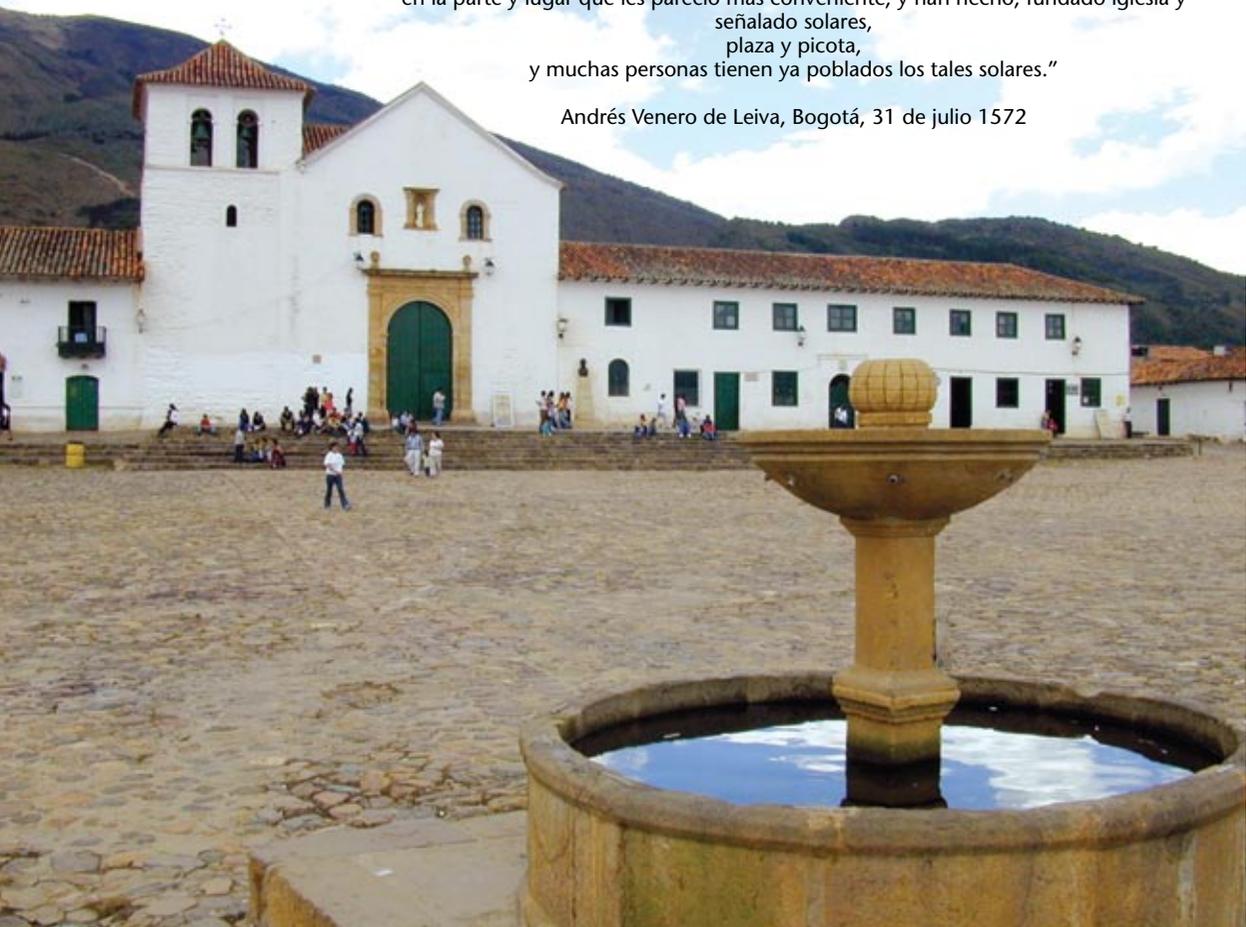
La Villa de Santa María de Leyva

dominio de los vientos y territorio de las disputas

POR TINA ALARCÓN
FOTOGRAFÍAS DE ARNEJO

“Viendo lo que más convenía,
señalaron y poblaron la dicha Villa de Santa María de Leyva,
en la parte y lugar que les pareció más conveniente, y han hecho, fundado iglesia y
señalado solares,
plaza y picota,
y muchas personas tienen ya poblados los tales solares.”

Andrés Venero de Leiva, Bogotá, 31 de julio 1572



QUE SÍ Y QUE NO

El viento helado que le rompió la cara al soldado Roque Contreras le hizo más daño que la herida que se ganó tratando de robar unas mantas a los indios de camino abajo. Escondía el botín bajo los jirones de su capa, capa de paños de otras tierras, de su tierra lejana que ya casi ni recordaba. El frío y la falta de oficio alebrestaban los ánimos en Tunja. La vida en ese mil quinientos y tantos no era fácil para nadie. La aventura de la conquista se diluía en medio de más penas que glorias y quedaban pendientes muchas deudas imposibles de saldar. Las lenguas mal intencionadas decían que en esos caminos entrecortados se oían las risotadas de los soldados de Jiménez de Quesada, que en marzo de 1537 se habían salvado de morir de hambre al toparse con el mercado indígena de Sorocotá, que se hacía cada dos lunas. En ese marzo, también, los caballos conquistadores aprendieron a comer maíz.

Roque vivía mal y era mal visto por los otros españoles; fuera de asaltante de caminos, se apareaba con una india. Decían que quien acaricia al diablo, aunque sea caricia tibia, sufre condena en ésta vida y en la otra. Tunja no aguantaba más a los libertinos y bandidos, y pronto las quejas llegaron hasta la mesa de trabajo del doctor Andrés Venero de Leiva, representante de Su Majestad, presidente y gobernador de la Real Audiencia del Nuevo Reino de Granada. Por la honra de Dios y del rey, Venero de Leiva necesitaba aquietar a la soldadesca que, ya sin el brillo de la conquista, se había convertido

en pandilla de asaltantes. Fueron varios los ahorcamientos y muchas las amenazas que revertían contra los encomenderos que trataban de hacerse a toda costa a una nueva vida. El tiempo sólo acrecentaba los problemas. En medio de esos días turbios, Venero de Leiva sostiene que sólo mediante la fundación de un par de ciudades, cercanas y dependientes de Tunja, dándole solar a los necios, volvería la paz al territorio. Desde Bogotá se ordenaron las fundaciones, y el encargado fue el capitán Hernando Jiménez de Villalobos y hizo lo así el corregidor (Villalobos) luego que recibió los despachos, y tomando la vuelta del poniente de la ciudad (Tunja), en compañía de Miguel Sánchez, alcalde ordinario y de Francisco Rodríguez y Diego Montañés, regidores, llegaron la valle que llaman de Saquencipá, por un pueblo de indios de ese nombre, que estaba poblado en él, cuatro leguas de la ciudad a la parte dicha, tierra más llana que doblada de lucido migajón, buen cielo y temple.

Todo se dispuso para que casi al pie de unas escarpadas breñas, cerca de la boca de una famosa montaña que corre al norte, sin contarse más de veinte leguas de abundantes, dulces, claras y saludables aguas, aquí, habiendo encontrado el lugar soñado con los mismos cielos azules de Castilla, con esos mismos vientos que al caer la tarde acuchillan las mejillas, con el mismo temple de su sol, allí, se acordó cumplir con las órdenes del señor presidente. En estas tierras ya convivían muiscas y españoles. Estaba en pie la iglesia encomendera de Monquirá, se sembraba trigo y las pesadas piedras de los molinos, el Mesopotamia era uno

Tina Alarcón:
Escritora,
periodista,
experta en
gastronomía
y actual
Secretaria
de Cultura
de Villa de
Leyva.



A escondidas del reino, se plantaron algunos olivares que, poco a poco, se hicieron al suelo y empezaron a dar fruto.



de ellos, no paraban de tanto grano que había. A escondidas del reino, se plantaron algunos olivares que, poco a poco, se hicieron al suelo y empezaron a dar fruto. Eran los únicos en toda la comarca, pocos en estos trópicos contaban con los mismos climas de Jaén, allá en España, y, además, estaban los suficientemente lejos del rey y de sus recaudadores de rentas como para que se dieran cuenta de que en la clandestinidad también se podía filtrar aceite de olivas del bueno.

Lo que parecía dispuesto para que por el valle de Saquencipá corrieran ríos de miel y vida tomó otros rumbos. El idilio nunca fue real, pues la fundación de Villa de Leyva, entre otras cosas, jamás estuvo ajustada a las leyes de Indias de Carlos V. Los dominicos doctri-neros, que ya hacían su labor en estas tierras, no avalaron con su presencia la creación del pueblo: sabían bien de cuántos

atropellos se habían cometido contra los indios.

El territorio de la disputa había quedado configurado sobre el mapa de las tantas historias de la región. Por las querellas se escribían cuartillas y cuartillas de escribanos que trataban de disimular, de entretener, de enredar, decían: *doy fe que la dicha posesión se tomó, según dicho es, sin contradicciones de persona alguna, quieta e pacíficamente, que yo el dicho escribano oyes...*

A los veinte de días de fundada la Villa de Santa María de Leyva, el presidente, desde Bogotá, expidió un auto de confirmación sobre el hecho, pues la fundación original se había quedado en veremos. Que sí y que no. Luego, en el mes de diciembre del mismo año, se expide otra ratificación y se rectifica sobre la entrega de los solares que ya habían sido otorgados. Las cosas no pararon en 1572: dos años después las peleas y los alegatos continúan



entre caciques y encomendados, y estos últimos apelan. Se acuerda, finalmente, trasladar a Villa de Leyva hacia el lugar en que hoy está. La villa queda fundada por segunda vez el jueves 10 de mayo de 1582 y *en nombre de Su Majestad el Rey don Felipe nuestro señor, mudaba y mudó la dicha Villa al sitio y lugar que tiene trazado.* "La dicha villa" se llamó en ese momento la Villa de Nuestra Señora de La Candelaria. La historia se traga el último nombre y con él fragmentos grandes de la vida de ese lugar legendario. Apparently, nunca se trasladó del todo y hoy su recuerdo está enclavado, un poco más allá, en el desierto de La Candelaria. Los datos sobre las fundaciones son varios y confusos y los historiadores no terminan de ponerse de acuerdo. La fecha en la que se celebra la fundación de la Villa es el 12 de junio de 1572.

Poco a poco, con dudas, con conflictos, Villa de Leyva

empezó a hacerse a la vida con su trazado de tablero de damas, con sus verdades escondidas bajo las piedras que desde 1964 esconden ese pasado colonial.

MIENTRAS Y UN POCO DESPUÉS...

Entre los ires, venires y revueltas, en sus afueras, fueron apareciendo haciendas y molinos de trigo que la convirtieron en la despensa del virreinato. Fray Pedro Simón dice: *por el buen temple que, como hemos dicho, tiene este sitio y todo su país, que en algunas partes es más caliente que frío, se dan algunas frutas de Castilla, como granados, duraznos, membrillos, higos y de las semilla, garbanzos, habas y mucho anís.* Los frutos del otro lado del Mar Océano ya eran como propios, pronto hicieron buenas migas con la papa, los cubios y el maíz. Desde 1541, el trigo del valle de Saquencipá le dio fama a toda la región y su pan siempre fue tenido como

Los frutos del otro lado del Mar Océano ya eran como propios, pronto hicieron buenas migas con la papa, los cubios y el maíz.



...la fundación de Villa de Leyva, entre otras cosas, jamás estuvo ajustada a las leyes de Indias de Carlos V.

el mejor de la Nueva Granada. La construcción de las casas de dichas haciendas era muy elemental. Gruesos muros de adobe y tapias pisadas. La calidad de la tierra era única para la fabricación de muros y tejas. Los techos de las casas principales eran en teja, los otros, los de las más humildes, pajizos. El desarrollo del territorio hizo que se crearan en los campos cercanos al pueblo y a las haciendas infinidad de chircales. Aquí no se sabía nada de la teja española, pero sí se contaba con una antiquísima tradición alfarera: la loza se quemaba en hornos construidos bajo tierra, la boca quedaba a ras del piso y el calor se conservaba cubriendo

la abertura con hojarasca. Otra de las tradiciones muiscas, que mucho sirve en esos días recién estrenados de la Colonia, es la textilera. Las mantas y paños que se tejían aquí con fibras vegetales eran tan abrigadas y fuertes como las que se empezaron a fabricar con las lanas de las primeras ovejas llegadas a América.

JAMÁS VIRREY ALGUNO

El progreso era un hecho. El pueblo maduraba y pronto sus ochenta casas iniciales fueron cien y luego ciento veinte. Los solares eran fértiles y la Villa estaba en el camino de las provincias de oriente, paso de muchos

y lugar amable para reposar. Juan de Castellanos, preocupado por la salvación de su alma, fue el primero en construir una casa de dos pisos. Mandó a levantar su gran morada esquinera. Con el primer piso, le imploró a los Santos Apóstoles para que también intercedieran por su salvación, y fue así como les dedicó la arquería con sus doce columnas, que debían acrecentar los meritos ante el Altísimo. Para que todas las cortes celestiales estuvieran de su lado, don Juan ordenó que las dichas columnas, en paradójico exorcismo, se tallaran con piedras del Observatorio Astronómico de Saquencipá, aquel lugar demoníaco, donde los muiscas hacían sus rituales paganos, ese espacio consagrado al demonio, aquella tierra prohibida, que desde entonces ha sido mal querida y tratada despectivamente como El Infiernito.

Todos los castillos del reino tenían y tienen entre sus aposentos uno especial destinado al rey, para que en caso de pasar cerca tuviera donde descansar. Igual sucedió aquí: el rey tuvo sus propias tierras, y para los virreyes se construyó la Quinta de los Virreyes, sobre el camino a Tunja, aquel que se cruzaba por el paso de El Boquerón. La Quinta era y es una casa regia con enorme sala virreinal, gran patio en piedra para los caballos y para azotar a los esclavos y cocina con vigas trabajadas con hacha, a la cual llegaba el agua por tuberías talladas en piedra. Igual que en esos castillos, el rey jamás usó su habitación. A Villa de Leyva nunca fue virrey alguno, sólo llegaron allá, de acuerdo con los chismes tradicionales, las hermanas de Amar



y Borbón, que pasaron por allá rápidamente, mientras huían de la revolución de 1810.

Otra de esas casas legendarias, donde hoy, a pesar del despiadado paso del tiempo, conviven leyendas y fantasmas es la Casa del Congreso. Se edificó en el siglo XVII en un baldío, que hacía esquina en la Plaza Mayor. En su salón principal sesionó en 1812 el Congreso de las Provincias Unidas. Es la misma donde se reúne el actual Consejo municipal. De esas deliberaciones revolucionarias y de las medidas que se tomaron reventó la primera guerra civil, que terminó con el triunfo de Nariño en 1813. La casa al igual que muchas otras edificaciones de Villa de Leyva fue abandonada y las ruinas se adueñaron de corredores y estancias.¹

EN CAMBIO...MUCHO CLERO

Más que lugar de paz, fue el "buen temple" de la región, que les recordaba los solares de sus casas castellanas y andaluzas y les daba la sensación de "hogar" y tranquilidad. El clima era similar al peninsular, y con los olivos en plena producción y las bodegas colmadas de la mejor harina se vivía como en casa. Esta sensación, que se interpreta como algo sobrenatural, hace que a Villa de Leyva

La villa queda fundada por segunda vez el jueves 10 de mayo de 1582 y en nombre de Su Majestad el Rey don Felipe

hayan arribado y se mantengan importantes órdenes religiosas, que con la construcción de sus conventos e iglesias impulsaron el desarrollo y le dieron lustre a la población. El primer convento que se levantó fue el de los agustinos,² cercano al molino de Mesopotamia. Los dominicos ya tenía una larga trayectoria, incluso desde antes de la fundación. En Monquirá³ tenían su iglesia y, de acuerdo con las investigaciones de Diego Arango, hasta hace muy poco existieron personas que la recordaban. Fue una iglesia humilde, techada primero en paja y luego en teja, que nunca tuvo el brillo de la parroquia de Villa de Leyva, aunque su importancia fue enorme. Sus ruinas están al lado del camino que conduce a Santa Sofía; allí se ven unos últimos adobes, abandonados, testigos de su larga historia.

La iglesia principal, siempre en el mismo sitio, fue también un templo humilde, que en 1599 cambió su techumbre de paja por la de teja. Luego, en 1604, se empieza la gran reconstrucción a cargo del arquitecto Rodrigo de Alvear y del padre Juan Bautista Celuchini, con los dineros de un devoto y defensor de la fe, don Javier Neira. La iglesia es decorada con importantes obras; se habla de unos Vásquez y Ceballos de gran tamaño, así como de un de Jerónimo Acero.⁴ El atrio fue cementerio hasta 1816, pese a que desde 1787 existía la orden de enterrar fuera de las poblaciones. Sólo a finales de 1800 el obispo de Tunja cede en pleno derecho y a tiempo indefinido la parroquia a la orden dominica, que la reciben en propiedad

en 1886. A mediados del siglo pasado, con la llegada del cemento, la fachada de la iglesia es repellada y se esconden sus piedras originales.

LA PLAZA MAYOR Y SUS CUATRO CALLES

En la investigación que Diego Arango hace sobre la memoria histórica del pueblo recoge la siguiente cita donde, desde ya, se ve la importancia de la Plaza Mayor: *la población es cuadrada; buena plaza y ochenta casas de vivienda, de las cuales sólo seis de paja. En la plaza ocho tiendas cubiertas con teja con portales delante, sobre pilares y arcos de piedra.*

Originalmente fue en tierra, cruzada por acequias, y tenía árboles: conservos y herrerunes. A su fuente venían todos por agua. Los domingos se convertía en mercado y de la comarca llegaban mantas, panes de sal, loza, carnes secas, frutas, hortalizas y granos. En esta plaza se revivió el famoso mercado indígena de Sorocotá, que movía a toda la provincia y de donde salían productos para los más lejanos puntos cardinales. Desde siempre tuvo sus catorce mil metros cuadrados, quizás pensando en que Villa de Leyva tenía que ser la villa grande de todas las villas del Nuevo Reino. La tradición oral, que es buena informante, cuenta que la plaza sirvió de coto de caza. Se traía un venado de los cerros de Iguaque y se soltaba en la mitad de la plaza y en espectáculo colectivo se cazaba al pobre animalito. La plaza también fue escenario de varias corridas de toros.

Su marco lo delimitaron, por regla general, casas de un solo piso.⁵ La idea final del em-

pedrado sí tiene sus orígenes en la Colonia, aunque las que hoy vemos fueron instaladas entre 1964 y 1968 por el famoso cabo Parra o 'Parques' que cortó los árboles, pintó todo de blanco y de verde militar, levantó las lajas coloniales de los andenes y empedró por parejo con la dispareja piedra que hoy pisamos.

AGUARDIENTE Y CHICHA

Aquí bajo estos soles, colindando con la Casa del Congreso, se construyó la primera destilería de la Nueva Granada: la Real Fábrica de Aguardiente. Su regente fue Ricardo Ricaurte, padre de Antonio Ricaurte, el héroe de San Mateo. De la fábrica se conservan hoy en día las canales por donde se transportaban las aguas a los destiladores. Los españoles trajeron añis del bueno y se dio con nuevos bríos; a la vera de muchos caminos y en los patios de muchos se ven matas de aquellas. Con la chicha la historia fue otra y fue mucha la chicha que se bebió por aquí. El nombre de calle Caliente viene desde entonces; allí y en la arquería existían varias chicherías donde, además, se vendían mogollas. La vida social del pueblo se hacía a punta de chicha y de mogolla, los más pudientes bebían otros tragos, en especial uno que se llamaba "brandy", que debía tener más de aguardiente que de cualquier otra cosa. La prohibición de la chicha, a mediados del siglo pasado, afectó a todos y pronto empezó a producirse de manera clandestina. Cosa curiosa es ver cómo la cárcel de ese entonces funcionaba en la Real Fábrica de Aguardiente. El guarapo también se sancionó, pero con la dispensa de que por ser el

trago de los obreros se siguió produciendo a escondidas en las cocinas familiares y afuera en el monte.

LA VENGANZA DEL MAÍZ

Villa de Leyva vivió el siglo XIX sumida en el abandono, olvidada. Los últimos años de la Colonia le fueron funestos. Desde mediados del siglo XVIII las piedras de los molinos empezaron a callar. La tierra no volvió a aceptar al trigo. Los únicos lugares fértiles que seguían produciendo eran las riveras de los ríos Cane y Leyva. La pobreza del campo se reflejó sin contemplaciones en el pueblo. Fueron muchas las familias que emigraron: salieron para Tunja, las más para Bogota. Las casas iban quedando abandonadas y sólo el viento y los escorpiones las gobernaban. Los muros de barro no aguantaron, la maleza y los cactus los fueron empujando hasta el final. Por las calles, los restos de las tapias de adobe eran muñones que espantaban. Los viajeros no volvieron porque fuera de las desgracias reales del campo, se sostenía que lo que pasaba en el valle no era otra cosa que la maldición del maíz, venganza de la tierra. Dicen que decían que el maíz no soportó la invasión del trigo de los españoles, y que un día, cuando el sol resplandecía, los dioses de estas tierras se reunieron alrededor de la piedra madre de la fertilidad y maldijeron al trigo de parte del maíz. Los dueños de los trigales aseguraban que la desgracia nada tenía que ver con el maíz, que todo se debía a un eclipse de sol. En aquella corta y fatídica noche, llovió sobre el valle de Saquencipá

En esta plaza se revivió el famoso mercado indígena de Sorocotá, que movía a toda la provincia

El pueblo maduraba y pronto sus ochenta casas iniciales fueron cien y luego ciento veinte.



un polvillo blanco que sepultó para siempre la fertilidad de estas tierras.

LAS CONTRADICCIONES NUESTRAS DE TODOS LOS DÍAS

Maldición o no, polvillo blanco o negro, el cerro de Iguaque bravo o amoroso, lo único cierto es que Villa de Leyva estuvo cerca de dos siglos olvidada a su suerte. Quizás ese aislamiento la salvó. Los días de ruina se fueron convirtiendo en leyenda desde 1950, cuando el general Gustavo Rojas Pinilla ve que su pueblo natal se acaba, y reacciona. Ese difícil momento de la historia nacional se refleja en estas calles: expropiaciones y otras medidas arbitrarias. Rojas Pinilla invita a su amigo, el maestro Luis A. Acuña, para que le “reconstruya” el pueblo. Acuña venía de Europa, con la cabeza llena de sueños en francés, alejado de la sencillez del alma de la arquitectura colonial de Villa de Leyva. Durante una dictadura, cosa irónica, los aires republicanos se acomodan en gabinetes y escudos falsos, que poco a poco van enluciendo las fachadas de las casas. Algunos no se contentan con la historia sencilla que le dio vida al pueblo y crean una “grandeza” que no corresponde a la sencillez con que aquí se vivió.

En 1954, el general invita al arquitecto Germán Téllez para que le ayude en las gestiones necesarias para declarar a Villa de Leyva monumento nacional. Téllez es radical y advierte: Resulta verdad que la tradición tiene cierta magia y fantasía, de urgente necesidad en nuestro existir actual. Quien no crea así, que se dé el gusto apacible de un paseo por la Villa de Leyva.

No verá maravillas, ni curiosos o estupendos monumentos, pero aprenderá a distinguir en ella lo importante de lo espectacular, la auténtica finura, a diferencia de la vulgaridad. El 17 de diciembre de 1954, la villa es declarada Monumento Nacional. De eso ya han pasado cincuenta años. En medio de las más variadas contradicciones Villa de Leyva, ya bien establecida, en este nuevo milenio se cuestiona y se prepara para seguir existiendo con toda su dignidad otros quinientos años. 

NOTAS

¹ La Casa del Congreso fue reconstruida en 1952 por el maestro Luis A. Acuña. En medio de muchas polémicas, que se mantienen vivas aún hoy, la casa y el jardín adyacente cambiaron su fisonomía colonial por la afrancesada que conocemos.

² Hoy es el Instituto Humboldt

³ Monquirá es una de las veredas del municipio de Villa de Leyva. Importante, pues en ella está no sólo el Observatorio Astronómico Muisca de Saquencipá, sino infinidad de descubrimientos paleontológicos.

⁴ A finales del año 2003, su último párroco, el dominico Jaime Monsalve, logró lo que nadie había hecho en más de quince años: restaurar el altar mayor con todo su brillo y esplendor barroco colonial.

⁵ Los atropellos graves contra el patrimonio se cometen a mediados del siglo XX. El maestro Luis A. Acuña monta en su casa esquinera una pomposa portada en piedra y la Caja Agraria, en lo que fue el Cabildo, construye un edificio de aires guataviteños. A finales de 2003 se comete otro crimen contra la plaza y el patrimonio arquitectónico del pueblo, el dueño del hotel Plaza Mayor alza sin piedad un tercer piso y destruye en su interior áreas que Monumentos Nacionales prohíbe tocar.

Maldición o no, polvillo blanco o negro, el cerro de Iguaque bravo o amoroso, lo único cierto es que Villa de Leyva estuvo cerca de dos siglos olvidada a su suerte.